

EL DIARIO DE ALBACETE

DECANO DE LA PRENSA LOCAL
AÑO XXI.—Núm. 12.854

SERVICIO TELEGRÁFICO
DOS EDICIONES DIARIAS

Martes 11 de Julio de 1922

REDACCIÓN E IMPRENTA
PADRE ROMANO, 3

FRANQUEO CONCERTADO
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

DE ACTUALIDAD

Fracaso y desprestigio

Las malas paces—dice el apostol—son peores que las buenas guerras. Y se comprende que sea así. De una buena guerra puede salir una larga y fecundísima paz; pero el seno de una mala paz solo puede salir largas y asoladoras guerras. Si la que sostenemos en el Norte de Africa fuese, como dijo el señor Cambó, por conveniencias de Inglaterra ó bien con miras conquistadoras ó de avasallamiento de un vecino bárbaro ó civilizado, la tal guerra sería sencillamente abominable y odiosa, y quienes la iniciaron y la sostienen no merecerían perdón de Dios, ni de los hombres. Pero no es así: para nosotros se trata de la independencia nacional y nada más inexcusable que asegurarla, ó prevenir su defensa de los posibles ataques futuros. En ello va envuelto el honor patrio.

Pero se dice por quienes soñando con un fantástico protectorado civil, aconsejan los procedimientos dulces de la persuasión, que el honor nacional y el del ejército que con el de la nación se confunde, maltrecho y punto menos que perdido en el desastre de Annual, está ya reparado y limpio de toda mancha. Desgraciadamente no es así. Todo el esfuerzo que España ha hecho no ha bastado aún para que

las cosas recobran el ser y estado que tenían en vísperas de la incomparable tragedia de Julio. Los rebeldes y los traidores están virtualmente y en algo materialmente victoriosos y los objetivos notoriamente propuestos al organizarse el obligado desquite, incompleto sin un castigo justo, están incumplidos. ¿Cómo se puede decir que el honor de España y del Ejército se hallan salvados?

Se insinúa que en las guerras civiles, no peligran el honor, sean cuales fueran las transacciones que se hagan. Poco á poco. Esta guerra no es civil. Hay clases. Y los plujosos del Rif que Abd-el-Krim explota, son prójimos nuestros, pero no de la «clase» española. Pero aunque no fuera así: cuando en una guerra de tal carácter se pone de un lado el Ejército organizado de la Patria y este Ejército no triunfa clara y rotundamente, queda pesando sobre él el fracaso y el consiguiente desprestigio. Y á una colectividad que tiene los altos fines que el Ejército si le faltan la autoridad y la consideración que granjea el triunfo, pierde las dos terceras partes de las razones y consideraciones que justifican su existencia.

PATRICIO.

La corrida del domingo

Cuatro de la viuda de don Damián Flores, para Vicente Clemente Alparagaterito y Félix Rodríguez.

En la corrida celebrada antea-yer quedaron defraudadas nuestras esperanzas. Y digo defraudadas, porque fuimos á la plaza con el ánimo de divertirnos, cosa que no conseguimos.

¿Causa de ello? Rotundamente no podríamos responder.

Primeramente anotaremos en favor de los toreros, que el dios Bolo, estuvo algo impertinente toda la tarde. Las faenas resultaban deslucidas, el torero quedaba al descubierto.

Los novillos lidiados el domingo contribuyeron también al soberano aburrimento que reinó en la plaza.

Todos llegaron último tercio muy avisados, y revolviéndose en un palmo de terreno. Hay que consignar que la lidia que recibieron por parte del peonaje fué infernal.

Félix Rodríguez—el joven torero que el mes pasado nos deleitó con su arte—no estuvo antea-yer á la altura que esperábamos. Lo atribuímos á la calidad del ganado, y á la mala tarde.

Empezó á torear á su primer novillo con entusiasmo y decisión. Cosa imposible, pues el aire lo descubría á cada momento. Resultó lo que tenía que suceder: que el muchacho fué zarandeado sin consecuencias.

La faena á este novillo, fué de alijó. No podía ser de otra clase. El bicho, llegó al último tercio muy difícil. Lo despachó de varios piachazos y media buena. Fué aplaudido.

En su segundo toreó muy bien de capa. Con la flámula hizo una faena bonita, en la que abundaron algunos pases de pecho con la izquierda, colosales. Matando, fué aplaudido.

Alparagaterito se nos mostró antea-yer como un fácil estoqueador. Con la espada, creemos llegará á ser alguien este muchacho. Entra con decisión y sabe dejar el estoque. En la corrida del domingo, estuvo toda la tarde en su puesto.

A su primero, le hizo una faena vulgar. En el momento supremo estuvo muy bien. Dejó una estocada buena que bastó. Dio la vuelta al ruedo y cortó dos orejas. En su segundo resultó cogido al torear de muleta, pasando á la enfermería. Este novillo lo tuvo que despachar Félix Rodríguez.

El peonaje toda la tarde mal.

RESUMEN.

Esperamos la corrida del día 23 en que, según nos dicen, reaparecerán estos muchachos.

Alamares.

Vencejos

se venden de todas clases. También se venden trillas de todas clases á precios económicos.

Saturnino López, esquina á la calle de las Monjas, 14, duplicado

Espectáculos

Compañía Guerrero-Mendoza

El domingo, se estrenó en el Teatro-Circo el drama en verso de Luis Fernández Ardavin titulado «La dama del armiño», mereciendo excelente interpretación por parte de la señorita Tapias, señoras Guerrero y Salvador y señores Diaz de Mendoza Guerrero, Yuste, Diaz de Mendoza (M.), Gonzalez Marin, Garcia Ortega, Guerrero, Vazquez Ferriz y Ortega.

Anoche, en el Teatro Cervantes, se puso en escena la comedia de Oscar Wilde, traducida del inglés por Ricardo Baeza, que lleva por título «El abanico de lady Windermere», obra magra, en la que María Guerrero muestra su talento artístico, luciendo todas las facetas que sugiere la frivolidad y todas las amarguras que produce el dolor. Acertadísimas las señoras Peñaranda, Salvador y Bofill y las señoritas Guerrero-López, Hermo

sa, Larrabeiti (M. y C.) Ferriz y Pacello.

Un prodigio de naturalidad el señor Diaz de Mendoza, que vuelve á la escena después de la grave enfermedad sufrida recientemente, y el señor Santiago.

Contribuyeron al irreprochable conjunto los señores Garcia Ortega (F. y L.), Diaz Mendoza (M.), Capilla y Ortega.

Esta noche, la comedia «Mamá», de Martinez Sierra.

Teatro Cervantes, á las diez.

Necrología

Ha dejado de existir, en esta capital, en plena juventud, la virtuosa señora de nuestro querido amigo, el funcionario del Servicio Catastral don Benito Villena, al que, lo mismo que á la demás familia de la finada, enviamos el testimonio de nuestro pesar por la desgracia que en estos momentos sufren.

NOVELITAS CONTEMPORANEAS

José Más

«José Más—decíamos hace pocos años en otro periódico (1)—es un hombre simpático, porque es sencillo y noble, limpio de envidias y rencors hacia los compañeros, quienes, por regla general, siempre tienen una frase mordaz ó, cuando menos, una «piadosa» ironía para el «querido compañero ausente... El único orgullo de este hombre es el noble orgullo de su trabajo, de su laboriosidad, que él confiesa sin rubores, sin falsas modestias, ridículas siempre. Su devoción á escribir y su labor constante bien probadas están en la colección de periódicos y revistas y en los varios volúmenes de sus exquisitas novelas que él guarda con un entusiasmo mayor, si cabe, que los principiantes en literatura.

»Hablando con José Más, escuchando su ceceo andaluz—Más ha nacido en Ecija, dulce como un arrulló, imposible no sentirse optimista, con un optimismo de sana inquietud y de lucha; un optimismo de plena vida, que nos dá, primero, la satisfacción de nuestra propia obra y la seguridad del triunfo, después.

Esa laboriosidad y ese optimismo, en efecto, han hecho de José Más uno de nuestros novelistas jóvenes preferidos por el público y de los que con justicia encomia la crítica. José Más—digno sucesor de aquel otro literato, don Benito Más y Prat, autor de «La tierra de María Santísima» y «La redoma encantada» (2), entre otras—, José Más, dedicado hace tiempo casi de lleno á la novela, tiene, sobre todo puestos su atención y su entusiasmo en esa serie de «Las novelas sevillanas» también iniciada con «La bruja», «La estrella de la Giralda», «La orgía» y «Por las aguas

(1) «Vida moderna», Cádiz 1919.
(2) Novela fantástica, que muy pronto reaparecerá en un volumen extraordinario de la «Colección miniatura».

del río», de las que—esta es su mejor recomendación—van agotadas varias ediciones, y donde, como muy acertadamente se ha dicho, «toda la vida sevillana, en sus aspectos de colorismo y sentimentalidad, ha sido descrita brillantemente, sin excluir la justeza, por este que ya puede calificarse de joven maestro. El ha sabido desentrañar, cual ningún otro, la psicología del pueblo sevillano en lo que tiene de pintoresco y emotivo».

Reciente está, por otra parte, la aparición del libro de Cansinos-Assens «Sevilla en la literatura», dedicado por el ilustre crítico á estudiar, á analizar y á elogiar, de paso y como no podía por menos, lo que con el tiempo se podrá llamar la obra definitiva de José Más: esa serie de volúmenes en que nada quedará olvidado—antes al contrario, reflejado todo con escrupulosidad y exactitud—de Sevilla, la bella capital andaluza tan conocida, tan vivida por el novelista su cantor, que es á la vez el hombre apasionado de su tierra. El libro de Cansinos-Assens, perfectamente documentado, es á nuestro juicio, la crítica más acertada hecha hasta ahora de José Más en su aspecto de novelista sevillano, título en que él tiene cifrado su orgullo, noble orgullo y muy legítimo ciertamente.

No es, empero, José Más un novelista exclusivamente, únicamente andaluz. En su producción de libros hay otros que, como los que tienen por lugar de acción la ciudad de la Giralda, le acreditan de espíritu observador de la vida á través de todas las tierras, de todas las costumbres, de todos los caracteres. José Más es un viajero infatigable que sabe sacar y aprovechar de sus continuos viajes el conocimiento de las personas y de las cosas; de ahí la perfección descriptiva de los paisajes y el acabado estudio psicológico de las gentes en sus novelas, escenas de un perfecto realismo.

Por otra parte, y pese al risueño optimismo del hombre, José Más es un escritor fatalista, enamorado de lo misterioso. «Todas sus novelas—dice Cansinos-Assens en el antes citado libro—tienen algo de común: la sensación de misterio, de fatalidad presentida, deducida ó acompañada del signo físico interpretado como augurio. Este calorío de misterio no falta nunca en ninguna obra de José Más, llegando á constituir su introducción tan frecuente una de las modalidades del novelista».

Así en «El baile de los expectros»: aquellos barón y baronesa de Malta son personajes ó digamos seres trágicos que la Fatalidad entrega al demonio de la lujuria. Algunos pasajes de esta obra—aunque con menos intensidad y no tanta crudeza—nos recuerdan aquella misa negra de «El monstruo» de Hoyos y Vinent... Así también el desventurado protagonista de «Los sueños de un morfinómano»: aquel Ernesto Figueroa, cuyos amores con Alicia, «la mujer que había puesto en su vida tanta luz y tanta alegría»; amores que ella dejó cortados, acabados para siempre cuando más sentidos eran por el corazón del hombre y por los deseos del macho, hubieron de hacer á éste buscar el engañoso y atormentador placer del paraíso artificial de la morfina, que le lleva á la muerte. «En el suelo—termina el relato de esa vida atormentada,—en el suelo, encogido por las íntimas crispaciones de la agonía, veíase el cuerpo de Ernesto Figueroa. En la boca, desgarrada por las comisuras, tenía embutida la mano derecha hasta la muñeca, y una espuma sanguinolenta le cubría parte del rostro. Mostraba los ojos abultados y empavorecidos, y los pómulos fuera de su sitio, á causa de la dislocación producida por el terrible desquijaramiento. Y aquel rostro, monstruoso y grotesco á la vez, parecía una carátula, una de esas inquietantes carátulas que con tan morbosa detección solían esculpir los artistas de la Edad Media en los claustros sombríos de las catedrales góticas... Así, en fin, los personajes de las «Narraciones misteriosas»; seres que viven entre el misterio y la fatalidad, como aquellos personajes del Hoffman y de Poe...»

En estas, lo mismo que en «Las novelas sevillanas», captivan al lector la habilidad de novelista de José Más y el estilo atractivo en su sencilla forma.

Unos cuantos hombres ilustres en las letras—Rodriguez Marin, los Alvarez Quintero, Roberto Castrovido, Fernando Lopez Martin, entre otros,—secundados por numerosos amigos y admiradores del autor de «Las novelas sevillanas», ofrecieron á éste, como homenaje á su laboriosidad y á su simpatía, un banquete que fué como la consagración del joven novelista, para quien debió de ser esa fiesta una de las más grandes satisfacciones de su vida.

Sea este artículo, escrito al correr de la pluma, nuestra adhesión al cariñoso acto y una prueba de nuestra admiración á la obra de José Más.

F. González Rigabertí.
Madrid, Junio, 1922.